

Dossier | Masaryk y la “crisis del marxismo”**Tomáš G. Masaryk
y la invención de la “crisis del marxismo”**

Horacio Tarcus*

Cuando en septiembre de 1928, en el número 17 de su revista **Amauta** Mariátegui se refirió a Masaryk como el mentor de la “crisis del marxismo”, es posible que los latinoamericanos se informaran por primera vez de que el entonces Presidente y fundador de la República Checoslovaca había sido parte activa, treinta años antes, del animado debate que sobre el marxismo había agitado la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Escribía allí el director de **Amauta**:

El profesor Charles Andler pronosticaba en 1897 la “disolución” del marxismo y entretenía a sus oyentes, en la cátedra, con sus divagaciones eruditas con ese tema. El profesor Masaryk, ahora presidente de la república checoslovaca, diagnosticó en 1898 la “crisis del marxismo”, y esta frase, menos extrema y más universitaria que la de Andler, tuvo mejor fortuna. Masaryk acumuló, más tarde, en seiscientas páginas de letra gótica, sus sesudos argumentos de sociólogo y filósofo sobre el materialismo histórico, sin que su crítica pedante que, como se lo probaron en seguida varios comentaristas, no así el sentido de la doctrina de Marx, socavase mínimamente los cimientos de ésta.¹

Aunque Mariátegui se refiere en otro artículo al mentado libro de Masaryk, citando incluso su título en alemán,² es probable que sólo lo conociera a través de la animosa crítica de Antonio Labriola,

uno de sus autores predilectos durante su estancia italiana. En su réplica a la “crisis del marxismo” de Masaryk, el padre del marxismo italiano se había expedido en 1899 en términos muy semejantes a los Mariátegui:

Puede darse el caso, y se da sin duda, que todos estos necrologistas del socialismo ignorasen que la frase *crisis del marxismo* ha sido acuñada y puesta en circulación precisamente por el profesor Masaryk. [...] La expresión *crisis del marxismo* fue inventada por Masaryk en los números 177-79 de la **Zeit** de Viena y sus artículos fueron reunidos después en opúsculo, con fecha 10 de marzo [...]. ¿Pero de qué sirve atenerse al opúsculo del 10 de marzo de 1898 si en el libro con fecha 27 de marzo de 1899 las 24 páginas de entonces se han convertido en 600, digo 600, lo que es, en cambio, asaz demasiado —como diría un napolitano— para la entidad de lo que se expone allí y para la paciencia media del lector? [...] Esta crítica... gira en torno al marxismo sin aferrar su nervio, que es la concepción general del desarrollo histórico desde el ángulo visual de la revolución proletaria.³

El marxista historicista Mariátegui no sólo está glosando al marxista historicista Labriola. Sino que su crítica al libro de Henri de Man, **Au-delà du marxisme** (1926), que inspira su **Defensa del marxismo** (1928-29), de algún modo replica el gesto, el estilo y algunos de los argumentos de la requisitoria de Labriola contra

* CeDInCI-UNSAM / CONICET

¹ José Carlos Mariátegui, “Defensa del marxismo”, en **Amauta**, n° 17, Lima, septiembre 1928, p. 4.

² “En estos tiempos [se refiere a fines del siglo XIX] Masaryk escribió un libro de crítica marxista que hizo notorio su nombre en las revistas y periódicos de la socialdemocracia europea: **Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus**”. José Carlos Mariátegui, “La escena checoslovaca”, en **Figuras y aspectos de la vida mundial**, reunido en **Mariátegui total**, Lima, Amauta, 1994, t. I, p. 1100.

³ La respuesta de Labriola, “A proposito della crisi del marxismo”, se publicó inicialmente en la **Rivista italiana di Sociologia**, año III, n° 3, Roma, junio 1899. Fue editada aparte en folleto el mismo año e incluida luego por el autor como apéndice a la segunda edición de su **Del materialismo storico. Delucidazione preliminare**, Roma, 1902. Citamos aquí de la edición castellana: Antonio Labriola, **La concepción materialista de la historia**, México, El Caballito, 1973, pp. 209-224. Las citas corresponden a las pp. 209, 210 y 212.

Masaryk. No es difícil advertir que, por su parte, Labriola tiene como inspiración el **Anti-Dühring** de Engels.

Sin embargo, una composición de los debates sobre la “crisis del marxismo” de 1898-1905 y de 1926-1930 que colocara de un lado a los “revisionistas” y a los académicos, y de otro a los ortodoxos defensores del marxismo, nos ofrecería una imagen no sólo empobrecedora sino incluso errónea. Es que en estos dos momentos de la historia de las “crisis del marxismo” están en juego mucho más que dos posturas, la heterodoxa y la ortodoxa, la revisionista y la revolucionaria. Por ejemplo, como veremos luego, Labriola defiende la “ortodoxia” marxista desde una lectura historicista y antimaterialista de Marx, “heterodoxa” respecto de las reconstrucciones de un Kautsky o un Plejanov. Y Sorel, por poner otro ejemplo, es una de las cabezas del “revisionismo” en Francia, un defensor de la lectura que inaugura Bernstein y al mismo tiempo se cuenta entre los “revolucionarios”. No es casual, pues, que esta **Defensa del marxismo** de Mariátegui, tan “soreliana”, tan a tono con la filosofía de la praxis de Labriola, haya sido subestimada por la ortodoxia comunista durante casi medio siglo.⁴

Pueden reconocerse en la historia del marxismo estilos polémicos diversos. La polémica está en el corazón de la teoría marxista, ya que casi todos los textos clásicos, desde **La Sagrada Familia** y **Miseria de la Filosofía** hasta el **Anti-Dühring** son obras de polémica teórica y política. Esta última obra, si no inaugura —ya que es posible encontrar precedentes en décadas anteriores—, al menos establece un formato de polémica clásica, de larga y penosa historia en el marxismo del siglo XX: la requisitoria del político contra el “profesor”, fundada en la noción vitalista de que sólo el militante es capaz de aprehender ese núcleo de verdad que escapa al intelectual contemplativo. Es en dicha noción que se funda la paradoja que recorre casi toda la historia del marxismo: una teoría anti-intelectual elaborada por intelectuales.

En el caso que nos ocupa aquí, tanto Labriola como Mariátegui cultivan la polémica y la entienden —conforme la dialéctica— como productiva, sin ejercitarla de modo destructivo. Si bien en sus respectivos ensayos críticos pueden reconocerse caídas en el anti-intelectualismo —anti-intelectualismo que a menudo iba a recaer a lo largo de su trayectoria política sobre ellos mismos, en tanto que intelectuales marxistas nunca totalmente políticos, frente a políticos “puros” que les reclamaban un mayor despojamiento de su intelectualismo “pequeñoburgués”—, Labriola reco-

noce en Masaryk erudición y algunos juicios agudos, así como Mariátegui identifica en la lectura del socialismo obrero por parte de De Man en términos de psicología de masas “la parte más positiva y original del libro, que contiene... observaciones sagaces y buidas” (p. 1293).

Con todo, Mariátegui quiere combatir el espíritu derrotista del libro de De Man, que lo ha llevado a abrazar el reformismo. Pero sin embargo comparte aspectos de la perspectiva del socialista belga, a la que reconoce como una lúcida lectura en términos del mito identitario del moderno movimiento socialista, con su apelación a la dimensión simbólica e imaginaria, ejemplificada en el sentimiento colectivo forjado, antes que por las ideas y los programas, a través de la movilización de grandes masas, la apelación a los himnos y cánticos colectivos, las banderas rojas, los rituales y las ceremonias, el culto de los líderes y el tributo rendido a los mártires de la causa. En ese sentido, es difícil inscribir sin más a Mariátegui en la tradición de los marxistas ortodoxos que “defienden” el marxismo contra los revisionistas, en tanto y en cuanto el peruano nutre su marxismo de uno de los más destacados portavoces de dicho revisionismo: el francés Georges Sorel. El problema para Mariátegui no radica en el intento revisionista en sí, sino en sus consecuencias políticas, sea el reformismo de Bernstein o el derrotismo de De Man. En contrapartida, reconoce una renovación vitalista y revolucionaria del marxismo en el revisionismo de Sorel.

Asimismo, no es difícil discernir en el Labriola de “A propósito de la crisis del marxismo” un autor contrariado. A pesar de que Masaryk no es, políticamente hablando, antisocialista sino incluso un aliado del partido socialdemócrata austríaco,⁵ el autor de **Sul materialismo storico** no puede dejar de responder una obra que ha venido a alimentar no sólo el antimarxismo sino incluso el antisocialismo en la propia Italia finisecular. El slogan de la “crisis del marxismo”, construido por Masaryk, era un obsequio para sus adversarios políticos e intelectuales que era necesario cuestionar. No obstante, muchas de las agudas observaciones del checo contra la dogmática marxista erigida en aquellos años coinciden embarzosamente con la perspectiva crítica de su marxismo historicista. El problema radica en que lo que Labriola sostiene en nombre de la “crítica marxista”, Masaryk lo ha erigido en términos de la “crisis del marxismo”. Allí donde el checo identifica un desfase y por lo tanto una crisis, el italiano vislumbra con-

⁴ Las dos obras medulares que inauguraron el debate mariáteguiano contemporáneo son sin duda la de Robert Paris, **La formación ideológica de José Carlos Mariátegui**, México, Pasado y Presente, 1981 y el volumen editado por José Aricó, **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano**, México, Pasado y Presente, 1978.

⁵ “A través de su periódico, **Die Deutsche Worte**, la ideología socialista va penetrando en la *Sociedad Fabiana* de Viena —constituida en 1891 según el modelo del grupo británico—, en la que se discuten los problemas de legislación social y que se pronuncia por el derecho a voto a los obreros y el control de los cárteles industriales. El profesor Masaryk mantiene relaciones cordiales con dicho grupo”. Jacques Droz, “La Social-democracia en Austria-Hungría”, en **Historia general del Socialismo. De 1875 a 1918**, Barcelona, Destino, 1985, vol. I, p. 114.

flictos productivos y desarrollos posteriores. En ese sentido, se reconoce “tentado de citar aquí algunas partes de mis escritos, de las cuales resultaría claro dónde está la diferencia entre la *crítica* y la *crisis*”.⁶

Las diferencias políticas de fondo son, hasta cierto punto, innegables. Masaryk aboga entonces por un reformismo afín al que impulsa una parte creciente de la socialdemocracia, mientras que Labriola sostiene, junto con otras figuras del marxismo socialdemócrata como Kautsky y Plejanov, una perspectiva revolucionaria. Sin embargo, su marxismo historicista lo distancia de la perspectiva materialista, tanto de la esgrimida por el llamado Padre del marxismo ruso como de la del director de **Die Neue Zeit**. Y, como veremos enseguida, Masaryk, un conocedor profundo de la literatura marxista de su tiempo, ha identificado problemas al interior de la teoría, o tensiones en el pasaje de la teoría marxista a la doctrina socialista, que han nutrido no sólo los debates teórico-políticos de su tiempo, sino que se han proyectado en buena medida sobre los debates del siglo XX.

Trayectoria de Masaryk

Tomáš Masaryk había nacido en Hodonin, Moravia, en 1850. Hijo de un cochero de origen eslovaco y una cocinera de ascendencia checa —siervos recientemente libertos que trabajaban en una de las propiedades del Emperador de Austria-Hungría—, su localidad natal se encontraba en la frontera de ambos pueblos.⁷ Trabajó desde niño como aprendiz de cerrajero, labor que abandonó para ingresar en el Liceo de lengua alemana. Llegó a la capital imperial como instructor del hijo de un funcionario, oportunidad que le permitió ingresar en la Universidad de Viena, donde se doctoró en filosofía en el año 1876. Completó sus estudios en la Universidad de Leipzig, donde conoció a una estudiante de música de origen estadounidense, Charlotte Garrigue, con la que contrajo matrimonio en 1878 y de la que adoptó el apellido. El padre de la joven era un librero neoyorkino, agnóstico en religión y socialista en política. El matrimonio se instaló finalmente en Praga, donde Masaryk contribuyó a fundar la Universidad Bohemia, ejerció la docencia y fundó una revista de cultura checa, **Athenæum**. Aunque profesó en la cátedra y en la prensa el nacionalismo checo contra las políticas imperiales, publicó en esta revista un estudio que cuestionaba la validez del llamado manuscrito **Koeniginhofer**, un poema épico de presunto origen medieval que proveía los fundamentos de dicho nacionalismo. A comienzos de

la década de 1890 centró su atención en los eslovacos del nordeste de Hungría, país al que criticó por la naturaleza feudal de su monarquía. Aunque en su juventud había apoyado el federalismo austro-eslavo, se fue acercando al conservador Partido de los Viejos Checos. Sin embargo, en 1890 ingresó en el Partido de los Jóvenes Checos, en cuyas listas fue elegido diputado al *Reichsrat* en las elecciones de 1891. Alternó entonces su vida entre Praga y Viena. Desde su escaño cuestionó la política imperial austro-húngara, defendiendo por ejemplo la autonomía de los pueblos croatas y serbios ante la anexión de Bosnia-Herzegovina. Los diputados austríacos lo acusaron de traidor. Renunció a su escaño dos años después ante la negativa del gobierno austríaco a reconocer la existencia de la nacionalidad checa.

En 1899, mientras el *Affaire Dreyfuss* comenzaba a sacudir Francia, Masaryk salió en defensa del judío Leopold Hilsner, un campesino humilde acusado de “asesinato ritual” en un juicio de tintes antisemitas, intervención que le dio mayor predicamento público y lo convirtió en una suerte de Émile Zola checo. En 1900 contribuyó a la fundación del Partido Popular Checo, también conocido como Partido Realista, cuyo órgano —el diario **Cas**, *El Tiempo*— dirigió. En 1903 creó la revista checa **Naše Doba** (*Nuestro Tiempo*). En 1907 regresó al Parlamento austríaco gracias a la instauración del sufragio universal. Desarrolló desde su banca una intensa campaña nacionalista, denunciando la opresión nacional y la política imperial austro-húngara de alianza con Alemania.

Defensor a ultranza de la paz, debió huir del Imperio cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Refugiado en Italia y luego en Suiza, organizó en forma clandestina a los emigrados checos en pequeños movimientos revolucionarios. De allí pasó a la capital británica, donde continuó su campaña mientras enseñaba en el King’s College de la Universidad de Londres. Ante la inminencia del fin de la guerra y el derrumbe del Imperio, creó en París el Comité Nacional Checoslovaco, un embrión de futuro gobierno para una república que contuviera a ambas naciones, el que fue recibiendo el apoyo de las potencias aliadas. En mayo de 1917 Masaryk viajó a la Rusia revolucionaria como representante del movimiento de liberación checo, donde se entrevistó con Miliukov. Allí formó la Legión Checoslovaca, pero cruzó Siberia para, tras una breve estancia en Japón, llegar a los Estados Unidos. Se entrevistó en Washington con el presidente Wilson, a quien convenció de que incluyera la independencia de Checoslovaquia entre los Catorce puntos del Tratado de Paz para la posguerra.

En junio de 1918 Checoslovaquia fue reconocida como nación por los aliados. Masaryk retornó tras la liberación, instalándose ahora en el castillo imperial. En noviembre fue designado presidente del gobierno provisional, y en mayo de 1920 elegido presidente

⁶ Labriola, *op. cit.*, p. 224.

⁷ Tomo este y los datos biográficos siguientes de la obra ya clásica de Emil Ludwig, **Coloquios con Masaryk. Pensador y estadista. Su vida y su obra**, Buenos Aires, Claridad, 1937, p. 9 y ss.



de la República por siete años, luego de los cuales fue reelegido por otros dos períodos. Según la visión por otra parte nada complaciente de un Mariátegui:

la política y la legislación del Estado checoslovaco se decoraron de principios social-democráticos. El Estado Checoslovaco se caracterizó por su necesidad de mostrarse como uno de los estados europeos más avanzados en materia de legislación social. Bajo la presión de las masas, la política del Estado checoslovaco hizo varias concesiones a las reivindicaciones proletarias. La mayor de todas fue, acaso, la aceptación de la fórmula de los consejos de empresa, que significaba un paso hacia la participación de los obreros en la administración de las fábricas.⁸

Y añade luego: “el gobierno de Masaryk ha aplicado con parsimonia la ley agraria. La ha aplicado, sobre todo, contra los latifundistas alemanes y húngaros, movido por un sentimiento nacionalista. La mayor parte de la propiedad agraria continúa en manos de los ricos terratenientes. Pero la sola ley representa una conquista revolucionaria que ningún acontecimiento reaccionario podrá ya anular. Esta ley no inaugura en Checoslovaquia un régimen socialista. Mas liquida, por lo menos, un rezago del régimen feudal”.⁹ Masaryk debió dimitir por razones de salud en diciembre de 1935. Murió en Praga en septiembre de 1937, a la edad de 87 años.

El intelectual y el político

Difícilmente pueda comprenderse el pensamiento de Masaryk a partir de la caracterización ofrecida por Labriola: “el profesor Masaryk es un *positivista*, palabra que en Italia es de uso excesivamente extenso y elástico, pero que para él, profesor de filosofía, quiere decir, aun con varias modificaciones, hallarse en la línea que va de Comte a Spencer... o a Masaryk mismo”.¹⁰ Ni mero profesor, ni simple positivista.

Aunque ciertamente se vio influido por el positivismo y el universo de la cultura científica en auge en Europa en las últimas décadas del siglo XIX, ese influjo no es menos perceptible en buena parte de los pensadores socialistas a él contemporáneos. Filósofo no sistemático, si es posible localizar el signo distintivo del pensamiento de Masaryk habría que buscarlo en el cruce entre un humanismo laico (de raíces protestantes), un nacionalismo no beligerante y democrático (heredero de las banderas antiabso-lutistas de 1848) y un socialismo reformista.

Masaryk estudió con Franz Brentano en Viena: de él y no de Comte seguramente extrajo la vocación de una filosofía antimetafísica. Tuvo en Leipzig por condiscípulo otro moravo: Edmund Husserl, siendo Masaryk el que interesó al futuro autor de las **Meditaciones cartesianas** en la obra de Brentano. Aunque su filosofía de la historia, con su evolución de las sociedades teocráticas hasta las democráticas puede parecer a primera vista de filiación comteana, la búsqueda de Masaryk está dirigida hacia una concepción totalizadora capaz de cumplir en el mundo contemporáneo la función que le cupo primero a la religión en las sociedades tradicionales y luego a la razón con la emergencia de la modernidad.¹¹

Masaryk se anticipó casi veinte años a Durkheim con su estudio sobre **El suicidio como fenómeno de masas de la civilización moderna** (1881). Sin embargo, no era difícil advertir detrás del esfuerzo científico de asentar su problemática en una base empírica apelando a tablas, estadísticas y tasas, que lo que interesa a Masaryk es mostrar que la tasa de suicidios crecía en las sociedades más avanzadas. No le interesa —como ha señalado Erazim Kohác— el suicidio como dato sino como síntoma de una crisis en las sociedades modernas. Su libro, ha escrito Ludwig, no era sino una denuncia vehemente “contra la guerra, el alcoholismo, el capitalismo y las perversiones sexuales” en el mundo contemporáneo.¹²

Y si el humanismo laico y una pasión por lo “concreto” palpita en el ciclo de sus obras filosóficas aparecidas en la década de 1880 (su **Blas Pascal** de 1883; **El cálculo de probabilidades y el escepticismo de Hume** de 1884; **Fundamentos de una lógica concreta**, de 1887), esas notas se harán más intensas en el ciclo siguiente, cuando Masaryk pase revista, obra tras obra, de las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo: el nacionalismo es abordado en **La cuestión checa** (1895), entre otros escritos; el darwinismo es evaluado en **La moderna filosofía de la evolución** (1896); y finalmente, el socialismo es considerado extensamente en **Los fundamentos filosóficos y sociológicos del marxismo** (1899).

En **El ideal de humanidad** (1902), uno de sus libros más populares, traducido a casi todas las lenguas occidentales, Masaryk repasa críticamente las ideas del socialismo, el individualismo, el utilitarismo, el pesimismo, el evolucionismo, el positivismo y el nietzscheísmo, para concluir en la síntesis de lo que llama “los prin-

⁸ Mariátegui, “La escena checoslovaca”, *op. cit.*, pp. 1100.

⁹ *Ibidem*, p. 1101.

¹⁰ Labriola, *op. cit.*, p. 211, itálicas en el original.

¹¹ Erazim Kohác, “Jan Patočka: A Philosophical Biography”, en Jan Patočka, **Philosophy and Select Writings**, Chicago, Chicago University Press, 1989, p. 8 y ss.

¹² Ludwig, *op. cit.*, p. 13.

¹³ **Die Ideale der Humanität. Ins Deutsche übertragen von Heinrich Herbatschek**, Viena, Konegen, 1902, pp. 46, actualización de un folleto aparecido inicialmente en checo en 1892 y que fue traducido en la década de 1930, entre otras lenguas, al francés (París, Marcel-Rivière) y al castellano (Valencia, Orto). Citamos de la traducción castellana: T.G. Masaryk, **El ideal de humanidad**, Valencia, Orto, 1934.

cipios esenciales de la moral humanitaria”.¹³ Masaryk es, en suma, un republicano liberal, un demócrata aliado de los socialistas, que combatió en el parlamento, en la cátedra y en sus libros el absolutismo, el antisemitismo, la opresión nacional y el clericalismo.

Impacto del marxismo en el mundo intelectual y el *Bernstein Debatte*

El interés de Masaryk por el marxismo no es en absoluto extemporáneo. Para la década de 1890, señalaba Franco Andreucci:

el marxismo entra con fuerza en las universidades, en el marco de un interés intenso y amplio, en general, por las ciencias sociales: dan cursos sobre el socialismo y sobre la socialdemocracia Thorstein Veblen en la Universidad de Chicago, Bertrand Russell en la London School of Economics, Wagner en Berlín, Durkheim en París. Los principales estudiosos de ciencias sociales, de Sombart a Pareto, las grandes revistas sociológicas internacionales, dedican amplio espacio al marxismo y al socialismo.¹⁴

Por su parte, esta expansión del marxismo sobre el campo académico de las emergentes ciencias sociales y sobre el campo intelectual en proceso de formación, se superpone con el estallido del *Bernstein Debatte* en el seno del socialismo. El debate sobre el “revisionismo” y la emergencia del socialismo universitario son fenómenos que, como veremos enseguida, además de simultáneos, son en cierto modo complementarios e incluso se han retroalimentado.

El debate de fin de siglo sobre la “crisis del marxismo” involucró no sólo el diálogo crítico entre el campo académico y el campo socialista, sino a diversos actores y a múltiples líneas de pensamiento, de muy diverso tenor. Simplificando aquí en función de una breve presentación que facilite la lectura de los textos de Masaryk, podríamos decir que fue “la crisis del marxismo” finisecular el punto de convergencia de tres líneas: una que provenía de la filosofía académica, conocida como “neokantiana”; otra proveniente de la economía académica y que se presentó sobre todo como la crítica marginalista a la teoría marxiana del valor; y, finalmente, de otra línea que se había incubado en el propio campo socialista pero que contaba con el respaldo de la emergente sociología o de experiencias como el “socialismo de cátedra” y el “marxismo legal”. Esa última línea diagnosticaba la emergencia de un nuevo ciclo en la historia del capitalismo dentro del cual la estrategia revoluciona-

ria clásica debía ser abandonada en pos de un programa de reformas pacíficas. La filosofía académica, la economía profesional y la emergente sociología habían recibido el impacto de Marx, al mismo tiempo que su influencia revirtió sobre el pensamiento y la práctica de la socialdemocracia. Repasemos brevemente estas tres líneas, de las que va a nutrirse la obra de Masaryk.

1. En primer lugar, la universidad alemana fue en la década de 1860 el escenario del reflujo del hegelianismo —recordemos la amarga queja de Marx cuando se trataba a Hegel “como a un perro muerto”— y de la emergencia del neokantismo, una corriente que a pesar de su diversidad de escuelas y autores coincidía en un cuestionamiento de los fundamentos ontológicos de la filosofía y postulaba, en contrapartida, una filosofía antimetafísica fundada en una gnoseología del saber. Representaba una reacción contra “el romanticismo de las ideas” de un Schelling o un Hegel, pura “poesía conceptual” —según la elocuente expresión de Lange— con su identidad del yo, su absoluto y su Idea. También era una reacción contra el curso materialista y revolucionario que había sucedido a dicho romanticismo a mediados del siglo XIX. Otto Liebmann le dio a esta corriente su consigna cuando en su **Kant und die Epigonen** (*Kant y sus epígonos*, 1865) concluía cada capítulo repitiendo “hay que volver a Kant”. Un año después Friedrich Albert Lange dio a conocer su célebre **Die Geschichte des Materialismus** (*Historia del materialismo*), en la que reconocía el valor de esta filosofía por su crítica de la metafísica y al mismo tiempo la consideraba definitivamente superada por la teoría kantiana del conocimiento. Con todo, fue durante mucho tiempo la única exposición sistemática de la historia del materialismo, de modo que fue muy leída e incluso reeditada en el universo de la cultura de izquierdas.¹⁵ Por otra parte, Lange no era sólo un filósofo académico sino que intervenía en el debate público con artículos periodísticos en los que manifestaba sus simpatías por el socialismo socialdemócrata, sobre todo lasalleano.¹⁶ Un prólogo ulterior a la obra de Lange, escrito por su discípulo Hermann Cohen, cabeza de la Escuela de Marburgo, proveyó al neokantismo de un verdadero manifiesto filosófico-político: toda Ciencia verdadera —escribe Cohen allí— no es otra cosa que idealismo; el socialismo “está en lo justo en tanto en cuanto está basado en el idealismo de la ética”, siendo Kant “el autor real y verdadero del socialismo alemán”.¹⁷

¹⁵ Albert Lange, **Historia del materialismo**, Madrid, Jorro, 1903, 2 vols; A. Lange, **Historia del materialismo**, Buenos Aires, Lautaro, 1945, 2 vols.; Friedrich A. Lange, **Historia del materialismo**, México, Juan Pablos, 1974, 2 vols. Esta última es una reimposición de la segunda; la segunda, a su vez, es una edición parcial: el propio editor advierte de los límites de la “formación neokantiana” de Lange, inscripción que lo llevaría a ser “inconsecuente en el análisis y consideración de muchos problemas” (solapa derecha).

¹⁶ F.A. Lange, **Die Arbeiterfrage** (*La cuestión obrera*), Leipzig, A. Kröner [Vorwort 1910]. La ed. original es de 1865.

¹⁷ Hermann Cohen, “Einleitung mit kritischen Nachtrag”, cit. por Bo Gustafson, **Marxismo y revisionismo. La crítica bernsteiniana del marxismo y sus premisas histórico-ideológicas**, Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 138-39.

¹⁴ Franco Andreucci, “La difusión y la vulgarización del marxismo”, en Hobsbawm y otros, **Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional** (1), Barcelona, Bruguera, 1979, vol. 3, pp. 83-84.



En el campo de la Filosofía del Derecho, el principal exponente del neokantismo fue Rudolf Stammler, quien publicó en 1896 su influyente **Wirtschaft und Recht nach der materialistischer Geschichtsauffassung** (*Economía y derecho según la concepción materialista de la historia*), una crítica a la teoría determinista del derecho como derivación de la economía al mismo tiempo que una defensa del carácter universal y formal de lo que denomina "El Derecho Justo".¹⁸ Aunque con un talante crítico, Stammler seguía la concepción marxista con notable erudición, a través de las obras mayores y menores de Marx y Engels, así como en los textos de los marxistas contemporáneos, no sólo alemanes. Pero fueron sin duda otras figuras de la escuela las que establecieron vínculos directos con los socialistas alemanes: Franz Staudinger, Ludwig Woltmann y Karl Vorländer, que aspiraron incluso a una aproximación filosófica entre marxismo y neokantismo.¹⁹

Las críticas neokantianas al materialismo y al determinismo impactaron en las filas de los teóricos de la socialdemocracia, sobre todo en la década de 1890, como puede advertirse simplemente en las reiteradas cartas dirigidas al viejo Engels en que los jóvenes marxistas como Conrad Schmidt o Joseph Bloch (o los no tan jóvenes como Franz Mehring) le requerían precisiones sobre el significado del materialismo marxiano y los alcances del determinismo económico sobre las diversas esferas de la acción humana: la política, el derecho, el Estado, el arte, la religión, la filosofía. Como es sabido, Engels en sus "cartas filosóficas" (1890-1895) morigeró el peso del determinismo económico apelando a diversas nociones —como el concepto hegeliano de acción recíproca, esto es, la acción reactiva de las superestructuras sobre la base económica; o las diversas mediaciones que se establecían entre dicha base y los niveles más altos de las superestructuras, como el arte o la filosofía. Síntomas de la insuficiencia de la respuesta defensiva de Engels fueron sus apelaciones metafóricas. En su carta a Bloch recurre a una metáfora física —las acciones humanas como "innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa *sin conciencia* y sin voluntad" — para explicar la acción humana y sus límites.²⁰ Y en casi todas sus cartas de estos años, para responder a

los dilemas que planteaba la metáfora arquitectónica de Marx de la base y las superestructuras, apela a otra metáfora, esta de carácter jurídico: la base económica es "determinante, pero sólo en última instancia", esto es, tiene que abrirse camino para llegar a los niveles "más altos" de las superestructuras a través de una serie de instancias que actúan a modo de mediaciones.

Cuando Engels murió en 1895, la segunda generación de marxistas —la de Bernstein, Kautsky, Mehring, Plejanov y Labriola— no disponía de una teoría marxista sistematizada —si exceptuamos, hasta cierto punto, el **Anti-Dühring** del propio Engels. Por el contrario, esos hombres "se encontraron con un piélagos de textos de estatus desigual, apenas coordinados por una retrospectiva incipiente, y debieron adjudicarles la coherencia propia de una *oeuvre* cuyas articulaciones internas exhibieran un sentido unívoco".²¹ El trabajo interpretativo de los primeros "marxistas", buscando cubrir una carencia y a fin de "dotar de organicidad un cuerpo de teorías o semi-teorías parciales", se nutría de sus "predilecciones filosóficas" (*ibid.*). Estas "reconstrucciones" del marxismo se estaban operando al mismo tiempo que los neokantianos socialistas impugnaban las bases materialistas y deterministas del socialismo, condenaban el materialismo y el determinismo como superados y ofrecían como sustento filosófico del socialismo moderno los postulados de la escuela neokantiana. Antes de ser asumida por Eduard Bernstein, la plataforma antimaterialista había ingresado en las filas de la socialdemocracia sobre todo a través de las páginas de los **Sozialistische Monatshefte** (*Cuadernos mensuales socialistas*) que había fundado Joseph Bloch en 1897, donde colaboraban el citado filósofo neokantiano Woltmann e incluso Conrad Schmidt, el joven discípulo de Engels. El propio Bernstein reconoce la inspiración de una de sus tesis más discutidas —el movimiento es todo, el fin no es nada— en un artículo de Schmidt sobre Kant aparecido en el **Vorwärts**. "Hasta cierto grado el 'retorno a Kant' es válido, según mi parecer, también para la teoría del socialismo".²² Y en su célebre obra **Las premisas del Socialismo y las tareas de la Socialdemocracia** —la piedra del escándalo del revisionismo— concluía que las iras de Plejanov en **Die Neue Zeit** contra el "neokantismo" no habían logrado otra cosa que reforzar su "convicción de que la socialdemocracia necesita un Kant que llame de una vez por todas a juicio al escolasticismo tradicional y lo someta al tamiz riguroso de la crítica".²³ Para Bernstein el materialismo determi-

¹⁸ Rudolf Stammler, **Economía y derecho según la concepción materialista de la historia. Una investigación filosófica-social**, Madrid, Reus, 1929, 676 pp., traducción de Wenceslao Roces.

¹⁹ Franz Staudinger, "Kant und der Sozialismus", en **Sozialistische Monatshefte**, 1894, I, pp. 103-104; Karl Vorländer, **Kant und der Sozialismus**, Berlín, 1900.

²⁰ Friedrich Engels, carta a Joseph Bloch del 21/22 de septiembre de 1890, en: Friedrich Engels y Georgui Plejanov, **Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Notas al Ludwig Feuerbach**, Córdoba, Pasado y Presente, 1975, p. 79. La insuficiencia de la explicación engelsiana en términos de acciones individuales fue mostrada convincentemente por Louis Althusser en "Contradicción y sobredeterminación", incluido en **La revolución teórica de Marx**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1968, p. 96 y ss.

²¹ José Szabón, "Una lectura sinóptica de las crisis", en **Historia y representación**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 57.

²² Eduard Bernstein, "El factor realista y el factor ideológico en el socialismo", artículo de la serie "problemas del socialismo" aparecido inicialmente en **Die Neue Zeit** en 1897-98 y recogido en la edición de Aricó de E. Bernstein, **Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia. Problemas del socialismo. El revisionismo en la socialdemocracia**, México, Siglo XXI, 1982, p. 77.

²³ E. Bernstein, **Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia...**, *op. cit.*, p. 274.

nista devalúa la acción humana (“Si reina la necesidad, ¿para qué la acción?”); en su opinión, el socialismo debía basarse en consideraciones de orden moral; las nociones éticas de justicia e igualdad eran potencias generadoras de acción creativa.²⁴ Señalemos solamente que el debate entre socialismo marxista y neokantiano proseguiría con intensidad en la primera década del siglo XX, involucrando a figuras de la socialdemocracia alemana como Kautsky y Mehring y a los austromarxistas Bauer y Adler, por citar a las principales figuras.²⁵

2. En segundo lugar, el progresivo abandono por parte de la socialdemocracia de la teoría del valor era producto de un agitado debate económico provocado en torno a la obra de Marx, debate que alcanza su punto de mayor intensidad también en la década de 1890 y que se prolonga todavía en la primera década del siglo XX.²⁶ En primer lugar, hay que considerar que, apenas unos años después de la publicación del primer volumen de **El Capital** (1867), la aparición sucesiva de los libros de Jevons, Menger y Walras marcan el punto de partida de la llamada “revolución marginalista” en la teoría económica. Pero sobre todo fueron decisivas para esta controversia las críticas provenientes de la escuela marginalista de Viena —Carl Menger, Böhm-Bawerk y von Wieser—, quienes habrían mostrado el carácter unilateral de una teoría del valor sustentada exclusivamente en el trabajo humano, menoscabando así la dimensión de la utilidad de los bienes, esto es, la necesidad subjetiva que los seres humanos tienen de ellos. Según esta perspectiva crítica, aceptada en buena medida por los fabianos ingleses e incluso por muchos socialistas alemanes como Conrad Schmidt y Eduard Bernstein, el propio Marx debió abandonar su abstracta teoría del valor cuando en el volumen III de **El Capital** quiso dar cuenta de la transformación de los valores en precios. Cuando debía pasar de los principios abstractos del primer volumen a los fenómenos concretos de la economía capitalista —la concurrencia entre capitales, las diversas formas de la ganancia, etc.—, Marx habría fracasado al intentar formular una teoría de los precios conforme a su teoría del valor.

El debate debió enfrentarlo Engels en nombre de Marx, cuando en el prólogo al volumen II de **El Capital** (1885) desafió a sus críticos burgueses a resolver el problema de la transformación de

los valores en precios, enigma cuya su solución aplazaba para la publicación del volumen III. El debate avanzó en esos años —sobre todo con la publicación del libro del joven socialista alemán Conrad Schmidt, **La tasa media de ganancia y la ley marxista del valor** (1889), que discuten Böhm-Bawerk en Austria-Hungría y Achille Loria en Italia— pero estalló con virulencia en 1894 cuando finalmente apareció el tercer volumen de Marx. Como se desprende del texto de Masaryk, tanto Schmidt como Sombart plantearon sus objeciones en sendas reseñas críticas, que Engels replicará en un texto que se publicará póstumamente en **Die Neue Zeit** —pues falleció a principios de agosto de 1895.²⁷ En 1898 Böhm-Bawerk, entonces ministro de finanzas del gabinete austríaco y años después profesor de Economía Política de la Universidad de Viena, volvía a la carga con su célebre **Zon abschluss des marxischen system** (*La conclusión del sistema marxiano*). Enseguida le siguieron las críticas de Wilfredo Pareto, jefe de la Escuela de Lausana. Como señalara Perry Anderson, “por primera vez la obra de Marx era objeto de crítica por parte de economistas académicos”.²⁸

Estas críticas, a su vez, impactaron entre muchos intelectuales socialistas en los que va a apoyarse Masaryk. En primer lugar, Georges Sorel en Francia, de cuyas críticas al marxismo nos ocupamos en nuestro número anterior.²⁹ En segundo lugar, Croce en Italia, de quien nos ocuparemos en la próxima entrega. En tercer lugar, los socialistas alemanes. Por una parte, Conrad Schmidt, el corresponsal y discípulo de Engels, fundará en Berlín en 1897 su propia revista, **Socialistische Monatshefte**, embarcada en lo que enseguida dio en llamarse el “revisionismo”. Eduard Bernstein, por su parte discípulo dilecto y albacea de Engels, dirigió sus críticas a la ortodoxia marxista desde Inglaterra, donde había debido exiliarse a causa de las leyes anti-socialistas de Bismarck. Estrechamente vinculado a los socialistas fabianos como G. B. Shaw y Smart, que aceptaban las tesis económicas de la escuela marginalista, el futuro autor de **La premisas del Socialismo y las tareas de la Socialdemocracia**³⁰ señalará en una serie de artículos aparecidos en **Die Neue Zeit** el carácter incompleto y abstracto de la teoría marxiana del valor tal como estaba fundada en el primer volumen de **El Capital**, al mismo tiempo que afirmaba que en el capitalismo avanzado ya no se intercambiaban las

²⁴ Jacques Droz, “La Social-democracia Alemana”, en **Historia general del Socialismo. De 1875 a 1918**, Barcelona, Destino, 1985, vol. I, p. 59.

²⁵ Véase, por ejemplo, los textos de Kautsky, Mehring y Bauer reunidos en: Karl Kautsky, **Ética y concepción materialista de la historia**, Córdoba, Pasado y Presente, 1975, con estudio preliminar de Ernesto Raggioneri.

²⁶ Un excelente recorrido por el debate desarrollado entre 1867 (primer volumen de **El Capital**) y 1907 (la aparición del libro de Bortkiewicz) es el que ofrece el belga Gilles Dostaler, **Valor y precio. Historia de un debate** (México, Terra Nova, 1980). Algunos textos claves del debate fueron publicados por Aricó en: Böhm-Bawerk, Hilferding, Bortkiewicz, **Economía burguesa y economía socialista**, Córdoba, Pasado y Presente, 1974.

²⁷ Friedrich Engels, “La ley del valor y la cuota de ganancia”, en Marx-Engels, **Escritos económicos varios**, México, Grijalbo, 1962, p. 232 y ss.

²⁸ Perry Anderson, **Consideraciones sobre el marxismo occidental**, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 16.

²⁹ Georges Sorel, “La descomposición del marxismo”, en **Políticas de la Memoria**, n° 13, verano 2012-2013, pp. 175-192, con una Introducción de Daniel Sazbón, pp. 170-74.

³⁰ Eduard Bernstein, **Die Voraussetzungen der Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie**, Stuttgart, Dietz, 1899. Existen antiguas traducciones de Sempere de Valencia y de Claridad de Buenos Aires. La versión castellana más completa y cuidada sigue siendo la de José Aricó: **La premisas del Socialismo y las tareas de la Socialdemocracia**, México, Siglo XXI, 1982.



mercancías conforme a la teoría del valor, sino de acuerdo a sus costos de producción, conforme la competencia entre capitales.³¹ Es el estallido del *Bernstein Debatte*.

3. Una tercera línea convergió con las dos anteriores en ese estallido. Y si las anteriores en cierta medida provinieron del exterior del campo socialista, esta tercera —aunque alimentada por la emergente sociología y en cierto modo por la economía académica— provino en lo fundamental de su interior. Aunque para la década de 1890 las prácticas reformistas habían desplazado de hecho cualquier perspectiva revolucionaria en el seno de los partidos mayoritarios de la socialdemocracia europea (sobre todo alemana, francesa e italiana), la revolución como acontecimiento político, violento y puntual, no había desaparecido de la letra de la doctrina socialista ni mucho menos del imaginario social del movimiento. En ese sentido, el punto de partida del debate doctrinario puede datarse en 1895, fecha de publicación de la célebre introducción de Engels a la edición alemana de **La lucha de clases en Francia** de Marx. Aun cuando su autor aceptó a regañadientes algunos cortes en su texto que le solicitaron sus editores del **Vorwärts**, su orientación general era inequívoca. La vieja táctica insurreccional con sus vanguardias, su lucha de calles y sus barricadas propia de los acontecimientos de 1830, 1848 o 1871, era entonces cosa del pasado. “La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida”.³² La nueva táctica llevada adelante con tanto éxito por la socialdemocracia alemana consistió en poner el sufragio universal, y por lo tanto la legalidad, del lado de la clase obrera, de modo tal que la burguesía temía más la acción legal que cualquier intento insurreccional. No eran ya los epígonos, sino que uno de los dos “padres fundadores” de la doctrina, “cuya visión retrospectiva del movimiento suponía una escansión de su historia en que a la fase primitiva se la designaba como el momento de la ‘ilusión’”.³³

Ese mismo año, el sociólogo Sombart en su ensayo conmemorativo sobre la muerte de Engels, interpreta dicho texto como una suerte de “confesión”, por la cual el viejo revolucionario reconocía la extinción de las antiguas tácticas de su tiempo y avalaba el “realismo socio-político” del socialismo moderno.³⁴ Y cuatro años

después, el texto de Engels constituía una carta decisiva que Bernstein hacía jugar en su favor en su obra **La premisas del Socialismo y las tareas de la Socialdemocracia**:

Durante el último período de su vida, Engels admitió sin reservas, en el prefacio a **Las luchas de clases**, el error en que habían incurrido tanto Marx como él mismo, al valorar la duración del desarrollo político y social. Nunca se apreciará lo suficiente la estimación que se ganaron dentro del movimiento socialista con este escrito, que puede definirse con sobrada razón como su testamento político.³⁵

Bernstein consideraba que marxistas y blanquistas compartieron durante muchos años una misma concepción de la política como acción de minorías que intervenían audazmente en una crisis capitalista dirigiendo a una masas pauperizadas súbitamente movilizadas en las calles, hasta que el crecimiento de la socialdemocracia moderna, con su conquista de la legalidad y su proyección en el parlamento, mostraron a los propios Marx y Engels la caducidad de los viejos métodos de lucha. El sujeto de la transformación no eran las masas empobrecidas y excluidas sino un proletariado organizado, moderno, sindicalizado, educado en las prácticas cooperativas y en la participación política. El objetivo final como revolución redentora perdía pues aquel predicamento que cohesionaba a las pequeñas sectas de conspiradores y en su lugar se aquilataba el valor de las reformas sociales y políticas en curso. Esta metamorfosis que llevaba del socialismo revolucionario de antaño al socialismo moderno de fines del siglo XIX implicaba no sólo la revisión de las antiguas tácticas políticas, sino de los fundamentos teóricos y sociológicos en que aquel se sustentó. Bernstein argumenta que es posible vislumbrar el inicio de esta revisión en una lectura sintomática de la introducción de Engels (“en él lo oculto supera a lo que se dice explícitamente”), pero reconoce que “no se podía esperar que el mismo Engels emprendiera la revisión de la teoría que esto implicaba. Si lo hubiera hecho, habría tenido, sino formalmente al menos en esencia, que romper sin miramientos con la dialéctica hegeliana” (*ibid.*).

La tarea de Bernstein es, pues, la de llevar hasta sus últimas consecuencias teóricas esta revisión que el propio Engels apenas había alcanzado a anunciar en el terreno de la táctica política. El debilitamiento de la teoría de la revolución como asalto al poder —e incluso, podríamos añadir nosotros, del imaginario revolucionario— era un hecho en aquellas sociedades modernas donde la socialdemocracia se había implantado. Pero la socialdemocracia practicaba el reformismo contemporáneo al mismo tiempo

³¹ Dostaller, *op. cit.*, p. 123 y ss.

³² Federico Engels, Introducción a Marx, **La lucha de clases en Francia**, en Marx-Engels, **Obras escogidas**, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s/f [c. 1956], t. I, p. 129.

³³ Sazbón, “Una lectura sinóptica...”, *op. cit.*, p. 52.

³⁴ Werner Sombart, “Friedrich Engels (1820-1895): Ein Blatt zur Entwicklungsgeschichte des Sozialismus”, Berlín, O. Häring, 1895, cit. en Bo Gustafson, *op. cit.*, p. 81.

³⁵ Bernstein, *op. cit.*, p. 132.

que enunciaba una teoría socialista del pasado, acaso válida para 1848 o 1871, pero ya no para comienzos del siglo XX.

El proyecto concebido por Bernstein es, pues, en sus propios términos, de adecuación entre teoría y práctica; se trata para la socialdemocracia de emprender una actualización teórica —abandono del materialismo, del determinismo, de la dialéctica hegeliana, de la teoría del valor, de las teorías marxianas de las crisis, de la pauperización progresiva, de la desaparición de las clases medias, del colapso del capitalismo, de la destrucción del Estado— acorde con la actualización que ya se operó espontáneamente en la práctica. Como veremos enseguida, Masaryk, en paralelo con Bernstein, está atento a las transformaciones de la socialdemocracia y sigue con detenimiento sus debates internos. También está leyendo a las corrientes, escuelas y autores presentados hasta aquí, pero va a dar —desde fuera del campo socialista— un paso más que Bernstein: a esta inadecuación entre prácticas políticas y fundamentos teóricos va a llamarla “crisis en el marxismo”, esto es, *en el seno* del marxismo. Pero quizás haya sido su traductor francés el que le otorgó el sentido que pronto iba a adquirir carta de ciudadanía en el debate internacional: la “crisis del marxismo”.

La crisis en el marxismo

En el año 1898 Masaryk está escribiendo en checo desde la ciudad de Praga su ambiciosa obra **Otázka sociální. Základy marxismu filosofické a sociologické** (*La cuestión social. Los fundamentos filosóficos y sociológicos del marxismo*). El volumen aparecerá el año siguiente a través de una editorial de Praga y pocos meses después verá la luz en alemán, por una editorial vienesa (con el orden de título y subtítulo invertido).³⁶ Mientras prepara su obra, Masaryk avanza una apretada síntesis de su libro, aparecida primero en alemán en la revista vienesa **Die Zeit**³⁷ y luego difundida en folleto. El artículo fue traducido al francés por W. Bugiel de la versión de **Die Zeit** y editado con cierto descuido —y con aquel leve pero significativo retoque en el título—, primero en la **Revue International de Sociologie** y luego en tirada aparte en un pequeño folleto.³⁸

La principal tesis de Masaryk podría resumirse así: mientras el movimiento socialista crece y se afirma en Europa, su principal sustento teórico hasta entonces, el marxismo, atraviesa una cri-

sis, tanto en sus fundamentos científicos como en los filosóficos. En efecto, el marxismo es considerado por Masaryk en 1898/99 como el sistema teórico que ha conquistado el lugar más importante dentro del universo socialista. El autor reconoce también la voluntad totalizadora del marxismo, en tanto no se limitaba a propugnar una teoría económica ni una táctica política para el movimiento obrero, sino que —buscando sustento en las ciencias modernas y en la filosofía contemporánea— intentaba ofrecer respuestas sistemáticas a los grandes interrogantes de la ética, la religión, la historia, la estética, la antropología y la sociología.

Este gran edificio —sostiene— conoce entonces una crisis, en parte como resultado de sus contradicciones internas, parcialmente advertidas por los propios Marx y Engels, y sobre todo por algunos de sus discípulos contemporáneos; en parte también por su desfase con los desarrollos de las ciencias y la filosofía contemporáneas; y en parte, finalmente, como resultado de una maduración social, política y cultural del movimiento socialista, que viene abandonando de hecho, y progresivamente, un sistema materialista en lo filosófico, utilitarista en lo moral, ateo en lo religioso y revolucionario en lo estratégico, que si pudo serle funcional en los años anteriores, ya se ha convertido en obsoleto.

Sigamos brevemente los argumentos de Masaryk. En el plano de la doctrina económica, la teoría marxiana del valor —conforme la cual las mercancías se intercambian según el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas— es progresivamente abandonada por los socialistas. La teoría subjetiva del valor es asumida primero por los socialistas fabianos, y recogida luego por muchos socialistas alemanes, como el propio Bernstein. Puesta en cuestión la teoría del valor, se derrumbaba asimismo la teoría marxiana del plusvalor. La explotación no es, pues, para Masaryk, inherente a la relación salarial y el antiguo reclamo socialista del derecho del obrero al “producto íntegro de su trabajo” —ciertamente, añadimos nosotros, de tradición lassalleana y no marxiana— pierde su fundamento teórico. Por otra parte, argumenta Masaryk, si la sociedad socialista es superior a la capitalista y ha de producir un excedente económico, “el plusvalor subsistirá también” en ella.

Puesta en cuestión la centralidad de la explotación en la naturaleza misma del sistema capitalista, el comunismo pierde precisión como un orden social alcanzable después del capitalismo y adquiere cada vez más un contorno utópico, o si se quiere, el carácter de “principio regulador” al modo kantiano. La utopía del *fin* último (la revolución) aparece, como en Bernstein, antes bien como un motor para llevar adelante los *medios*, las reformas sociales. El crecimiento del movimiento socialista y su consecuente maduración han llevado a abandonar progresivamente las prácticas conspirativas de los grupos comunistas jacobinos así como la táctica

³⁶ **Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus. Studien zur sozialen Frage**, von Th. G. Masaryk, Professor an der böhmischen Universität Prag, Wien, C. Konegen, 1899, xv-600 pp.

³⁷ (“Die wissenschaftliche und philosophische Krise innerhalb des gegenwärtigen Marxismus” —“La crisis científica y filosófica en el seno del marxismo actual”—, en **Die Zeit**, n° 177-78, Viena, febrero de 1898.

³⁸ T.G. Masaryk, “La crise scientifique et philosophique du marxisme contemporain”, París, Bugiel, 1898.

tica revolucionaria propia del '48. Masaryk también cita como signo de estos cambios el conocido "testamento político" de Engels, el prólogo a la edición alemana de **La lucha de clases en Francia** (1895) de Marx.³⁹ El Programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata alemán (1891) avanzaba en ese sentido, lo que también se evidenciaba con la necesidad de los socialistas de trazar líneas divisorias, teóricas y políticas, con el anarquismo (Deville, Plejanov, Kautsky, etc.).

Siempre según Masaryk, los fundamentos filosóficos del marxismo eran ya inadecuados para el socialismo moderno. El viejo materialismo (Masaryk dice incluso "positivismo") del que hacían gala marxistas como Lafargue en Francia y Plejanov en Rusia, hacían de la acción humana un mero derivado de las relaciones económicas, lo que asfixiaba lo que aún sobrevivía del humanismo feuerbachiano de Marx y Engels. Los valores morales, principios rectores como la Justicia, la Igualdad, la Verdad, etc., eran para la doctrina materialista mera superestructura, una función de la lucha de clases. El debate acerca de la ética propiciado por los socialistas neokantianos señalaba una positiva superación de aquel viejo materialismo y su moral utilitarista.

Por otra parte, Masaryk señalaba que la teoría engelsiana del comunismo primitivo no era otra cosa que una idealización roussoniana del buen salvaje, que la teoría del matriarcado primitivo venía siendo cuestionada por la moderna ciencia social y observaba que la tesis engelsiana del Estado como fuerza civilizadora no le daba el menor espesor histórico y teórico a las naciones dentro del proceso civilizatorio. El hecho de que Engels utilizara indistintamente las palabras Estado y nación era síntoma de que la teoría del materialismo histórico no contemplaba una teoría positiva de las naciones. Felizmente, el crecimiento de las secciones nacionales de la socialdemocracia, así como los graves conflictos nacionales que afectaban a la Europa del fin de siglo, la iban obligando a abandonar el viejo internacionalismo junto con los antiguos prejuicios contra los pueblos eslavos y a ocuparse de las cuestiones y luchas nacionales.

Marx y Engels se habrían apresurado en dar por concluida la función de la religión en el mundo moderno. Los socialistas contemporáneos estaban entonces más dispuestos a aceptar, si no una religión positiva, al menos una religión del amor, al estilo del

humanismo de Feuerbach. Y ya no se entretenían en atacar las creencias religiosas de los miembros del partido, como todavía se empeñaba Lafargue, sino que tendían a considerarlas un asunto privado. Por otra parte, ¿no funcionaba el moderno socialismo como una religión, no se comportaban la Internacional socialista y sus partidos como una Iglesia, y acaso no estaban sus militantes imbuidos de verdadera fe, esperanza y abnegación?

Finalmente, el marxismo tampoco podría proveer una teoría estética al socialismo, en la medida en que su materialismo lo circunscribía a las escuelas realista y naturalista. El socialismo contemporáneo, al contrario, se mostraba abierto a nuevas formas y escuelas, desde la novela social y el teatro de masas, pasando por la pintura y la escultura modernas, hasta el nuevo periodismo ilustrado y la edición masiva de libros.

Aún con todo lo dicho, esta crisis *en* el marxismo no constituía, en la perspectiva de Masaryk, un problema para el socialismo. Este concluía su ensayo de 1898 advirtiendo que

aún cuando el marxismo esté completamente perdido, el socialismo no caerá. Éste tiene sus bases reales en las carencias evidentes de la organización social de nuestros días, en su injusticia y su inmoralidad, en la gran miseria material, intelectual y moral de las masas. Pues los adversarios del socialismo se equivocarían si pensarán que esta crisis podría servirles de mucho. Por el contrario, ella puede suministrar nuevas fuerzas al socialismo, si sus dirigentes marchan intrépidamente hacia la verdad.

En el capítulo final de su libro de 1899 (cuya versión castellana ofrecemos también a continuación a nuestros lectores), Masaryk ensaya todavía una vuelta de tuerca, intentando precisar qué significado y alcances tiene esta crisis *en* el marxismo. En primer lugar, enfatiza que, siendo el marxismo una visión del mundo, la crisis en su seno no es parcial, no afecta tal o cual problema o conjunto de problemas, sino que "es de tipo estructural [*prinzipiell*], extendida y profunda". La crisis es visible sobre todo entre los jóvenes marxistas, pues son ellos quienes:

reniegan del materialismo metafísico; abandonan el materialismo estrictamente histórico; renuncian a la teoría del valor de Marx; comprenden que el desarrollo científico no conduce a aquella centralización del capital y expropiación de los capitalistas (por lo menos, de los propietarios pertenecientes a la clase media) que Marx dedujo y esperaba. Con ello, les parece además que la proletarianización y la degeneración de los obreros y, concomitante a ella, la de toda la sociedad, no es tan significativa como Marx suponía. Los jóvenes comienzan a juzgar el comunismo de manera más que objetiva; es corregida la teo-

³⁹ Masaryk ignoraba entonces que sus editores alemanes le habían pedido a Engels que aceptara una serie de recortes a su texto para no crear dificultades a la tan difícilmente conquistada legalidad del partido. La primera versión completa aparece en las MEGA editada por Riazanov, quien denunció las "mutilaciones". Bernstein dio a conocer entonces una carta donde Engels mismo, aunque a regañadientes, aceptaba los recortes. Para todos estos episodios puede consultarse con provecho la erudita obra de Bo Gustafsson, citada.

ría de la sociedad primitiva constituida sobre la base de la *gens*; se somete a revisión la teoría del Estado; la teoría de la nacionalidad es reformulada; también las cuestiones religiosa y ética, contra el amoralismo y la actitud anti filosófica de cuño positivista de Marx, son reformuladas; el amoralismo es abandonado y se reconoce la eficacia de la religión; finalmente, en la praxis, la táctica revolucionaria y la política catastrofista son dejadas de lado.

Esta verdadera revisión afecta, según Masaryk, “los fundamentos del sistema en su totalidad: la crisis, repito, es estructural”. Al mismo tiempo que precisa que “se trata de una crisis y no de la decadencia, y de la crisis científica y filosófica del marxismo, no de todo el socialismo”.⁴⁰ En nuestro próximo número volveremos sobre las diferencias entre el diagnóstico de la “actualización” del marxismo por los “revisionistas”, la “descomposición” de Sorel, la “crisis en el marxismo” y “crisis del marxismo” de Masaryk, la “muerte” del marxismo de Croce, etc., que se pusieron en juego en el debate de 1898-1905.

La réplica de Labriola y las cuestiones abiertas por la “crisis del marxismo”

El debate en torno al “revisionismo” alcanzará profundo eco en los medios políticos italianos, así como las tesis de Masaryk encontraron favorable acogida en la prensa y en las revistas de sociología y filosofía. Considerando el hecho “bastante curioso del gran afán de la prensa política italiana, diaria o de otra índole periódica, ha puesto durante meses en proclamar la *muerte del socialismo*, usando la etiqueta de la *crisis del marxismo*”, Antonio Labriola, el “padre del marxismo italiano”, se sintió en la obligación de responder al libro y al folleto de Masaryk desde las páginas de la *Rivista Italiana di Sociologia*.⁴¹

El texto de Labriola, más que discutir intrínsecamente las tesis de Masaryk, busca antes que nada neutralizar su recepción italiana. Es que la colocación política de Masaryk dentro del espacio de la oposición del Imperio Austro-húngaro es para Labriola

desconcertante: “La actitud de Masaryk es verdaderamente *sui generis*. Él no es socialista, conoce extensamente la *literatura* del socialismo y no es adversario profesional del socialismo, al cual juzga desde lo alto en nombre de la ciencia. Fue diputado del *Reichsrat* de la Cisleitania, pero si bien nacionalista y progresista, que yo sepa no se confunda nunca con los Jóvenes checos. Ahora creo que está alejado de la política” (p. 211). En verdad, como hemos visto, Masaryk se radicaliza políticamente y llega como diputado al parlamento por el Partido de los Jóvenes Checos. También sabemos que no ha abandonado la política: para 1899, cuando escribe Labriola, Masaryk está embarcado en la defensa del caso Hilsner. Un año después fundará el Partido Popular Checo. Por lo tanto, se equivoca Labriola cuando apunta los dardos de su crítica contra “el profesor de filosofía”, autor “ultra-académico”, el “doctrinario”, esto es, “un creyente de la virtud de las ideas” (pp. 211-12). En todo caso, es por entonces un profesor de filosofía con una vocación política, vocación acaso más ambiciosa que la del propio Labriola, para el caso también “profesor de filosofía” (y quien, dicho sea de paso, si era respetado como teórico, no había logrado sino un escaso ascendente dentro del Partido Socialista que lideraba Filippo Turati).⁴²

Por otra parte, la emergencia simultánea de los libros de Masaryk y de Bernstein en 1899 habían colocado a Labriola en una situación compleja, pues aparecía hasta entonces en el seno de la socialdemocracia europea como un marxista crítico de ciertos dogmatismos “materialistas” y “dialécticos”. En una carta a Romeo Soldi del 31 de agosto de 1896, comentando las vicisitudes del Congreso de Londres de la Internacional, señalaba que “las nuevas teorías marxistas (hablo de las *verdaderas*) no son hoy del todo adecuadas a los nuevos fenómenos económico-sociales del último ventenio”.⁴³ Recordemos, en este sentido, que Labriola fue el maestro de Croce, mantenía correspondencia con Sorel y con Bernstein, y de todos los dirigentes de la socialdemocracia era este último “el que le había parecido más prometedor; incluso le había animado en sus primeros tanteos revisionistas” (p. 233). De modo tal que los tres grandes protagonistas de esta primera “crisis del marxismo” —Bernstein, Sorel, Croce— “se habían hecho ilusiones, al conocer sus dudas y sus impacencias antidogmáti-

⁴⁰ Los fragmentos citados remiten al texto de la traducción que ofrecemos en las siguientes páginas.

⁴¹ Antonio Labriola, “A proposito della crisi del marxismo”, en *Rivista italiana di sociologia*, Roma, año III, n° 3, mayo 1899. El mismo año fue editado en folleto aparte y en 1902 fue incluido por su autor como Apéndice a su segunda edición de *Dal materialismo storico*. A comienzos del siglo XX apareció la primera versión castellana: Antonio Labriola, *Del materialismo histórico*, Valencia, Sempere y Buenos Aires, Viuda de Ponziñibbio, s/f [c. 1905]. Cito de la que a mi entender es la mejor edición castellana: Antonio Labriola, *La concepción materialista de la historia*, México, El Caballito, 1974, reimpresión de la ed. cubana de 1970. Estudio preliminar de Eugenio Garin. La cita entrecorrida corresponde a la p. 209. Las itálicas son de Labriola. Se puede consultar el texto original en el sitio de marxists.org

⁴² “Respetado como pensador valioso, el filósofo de Cassino era en cierto sentido considerado ceremoniosamente como uno de los muchos motivos de orgullo académico de los que podía vanagloriarse entonces el socialismo italiano. Pero las simpatías ideológicas de hombres como Turati, que a través de la revista *Crítica social* llevaba un poco las riendas de la cultura socialista italiana, se inclinaba más hacia una sociología paradójica como la de Loria, que hacia el marxismo de Labriola”. L. Cafagna, Introducción a A. Labriola, *Democrazia e socialismo in Italia*, pp. VII-VIII, cit. en Demiro Marchi, “Introducción” a A. Labriola, *Pedagogia, historia y sociedad*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 30.

⁴³ Valentino Gerratana, “Antonio Labriola y la introducción del marxismo en Italia”, en Hobsbawm y otros, *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional* (1), Barcelona, Bruguera, 1979, vol. 3, p. 232.

cas, de que se pondría de su parte. Pero Labriola iba a decepcionarlos, al declararse vivamente contra la crisis y al romper públicamente con sus promotores” (p. 232).

Como ha señalado agudamente Gerratana, Labriola advirtió “la naturaleza política de la campaña” y por lo tanto optó por cerrar filas con figuras de la “ortodoxia marxista” como Kautsky e incluso con Plejanov, aquellos custodios, como diría irónicamente en carta a Croce, del “arca sagrada”. Cuestionó la obra del “profesor” Masaryk como académica, “ultraacadémica” incluso, y sin embargo donde su crítica se muestra más aguda es en el develamiento del reformismo que la subtiende: “¡Luego Kant y el parlamento!”, exclama Labriola sobre el final de su texto. Y todo esto para concluir que “el período de las revoluciones ha sido superado para siempre y que hemos entrado definitivo en el de las lentas evoluciones o más en el idilio de la quieta y resignada razón” (p. 220).

Sin embargo, en cuanto a las dimensiones teóricas, Labriola no podía discrepar punto por punto con Masaryk, al precio de que su proyecto de un marxismo crítico se erosionara. Labriola, por ejemplo, también había pensado la historia del socialismo moderno como un proceso que “se ha ido desarrollando en estos últimos cincuenta años de la *secta al partido*” (p. 221). Asimismo, el mentor de la filosofía de la praxis había cuestionado los presupuestos positivistas de buena parte de la “filosofía” marxista de fin de siglo. Evitando confluir con las críticas de Masaryk, acudirá al curioso expediente de identificar al checo con el positivismo: “El profesor Masaryk es un *positivista*, [lo que] quiere decir, aún con varias modificaciones, hallarse en la línea que va de Comte a Spencer... o a Masaryk mismo” (p. 211). A pesar de su tono polémico, Labriola reconocía aquí y allá aportes positivos en la crítica de Masaryk, como “algunas útiles observaciones sobre la imprecisión de los términos burguesía, proletariado y similares, y luego otras de mayor valor sobre la irreductibilidad de toda la sociedad actual a las dos famosas clases, dada su variada y completa articulación” (p. 216). Asimismo, no podría negarle, admite, “una discreta parte de razón allí donde habla de extremo primitivismo y simplicismo, especialmente con respecto a la tentativa de Engels de reducir a síntesis los puntos principales de la historia de la civilización” (pp. 216-17). Incluso le reconoce “útiles observaciones sobre los impedimentos del internacionalismo, los cuales nacen espontáneos del espíritu nacional” (p. 220).

Debería señalarse aquí, a pesar de este reconocimiento parcial, un contraste entre ambos autores respecto de la problemática nacional. Masaryk es acaso el primero en señalar no sólo la esclavofobia de Marx y Engels —los eslavos eran considerados, a la manera de Hegel, “pueblos sin historia”— sino el déficit teórico del marxismo en cuanto a la ausencia de una teoría de las naciones, déficit que

sería motivo de una extensa literatura que iba a desarrollarse a lo largo del siglo XX.⁴⁴ Labriola, en cambio, partiendo del supuesto de que la etapa burguesa era indispensable en el proceso de transformación hacia una sociedad socialista, se pronunció en 1902 a favor de la expansión colonial italiana en Libia.⁴⁵

También las observaciones de Masaryk sobre el funcionamiento del movimiento socialista como una iglesia fundada en una religión laica tuvieron amplia repercusión en el siglo XX. Debe señalarse que no sólo dieron argumentos a los enemigos del socialismo, como lo muestra su recepción por parte de autores como Sorel, Gramsci y Mariátegui. Recordemos que el propio Engels había esbozado en su “testamento político” una comparación del movimiento socialista moderno con el cristianismo primitivo, comparación que el mismo Kautsky desarrolló en su obra **Los orígenes del Cristianismo**.

Estos y otros tópicos volverán a aparecer una y otra vez en los estallidos periódicos que caracterizaron las “crisis del marxismo” a lo largo del siglo XX. Pero debe señalarse que dichos tópicos alimentaron también las recomposiciones de la teoría que siguieron a los momentos críticos. Buena parte de los desarrollos del llamado “marxismo occidental” fueron una respuesta positiva a estos desafíos. Así, por ejemplo, el prolongado debate en el marxismo contemporáneo en torno a la transformación de los valores en precios; o los sucesivos aportes críticos en torno a la llamada “teoría del derrumbe” del capitalismo —de Moszkowska a Colletti, pasando por Grossman, Korsch, Sternberg y tantos otros—; el cuestionamiento a las raíces filosóficas materialistas del marxismo por parte de los cultores de la filosofía de la praxis —de Labriola a Gramsci, pasando por Mondolfo—, la enorme masa de literatura marxista en torno al problema de la determinación económica —desde la crítica a la “teoría de los factores” de Labriola a la “economía moral” de E.P. Thompson, pasando por Lukács, Gramsci y Kosik—, o los cuestionamientos contemporáneos a la antropología evolucionista de Engels y su teoría del matriarcado, etc.; son un testimonio elocuente de que si no las soluciones al menos sí los problemas identificados por Masaryk

⁴⁴ Salomon F. Bloom, **El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Horace Davis, **Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917**, Barcelona, Península, 1972; Otto Bauer, **La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia**, México, Siglo XXI, 1979; Roman Rosdolsky, **El problema de los pueblos “sin historia”**, Barcelona, Fontamara, 1981; Georges Haupt, Michael Löwy, Claude Weil, **Los marxistas y la cuestión nacional**, Barcelona, Fontamara, 1982; Eric Hobsbawm, **Naciones y nacionalismo desde 1870**, Barcelona, Crítica, 1992. En el campo local hay una curiosa edición que presenta como marxista a la teoría lassalleana de las naciones: Jorge Enea Spilimbergo, **La cuestión nacional en Marx**, Buenos Aires, Coyoacán, 1968.

⁴⁵ Demiro Marchi, *op. cit.*, p. 31. Gramsci criticó severamente esta postura en un tramo de sus **Quaderni**.

en la teoría marxista tendrían relevancia y productividad en el siglo que enseguida iba a comenzar.

Proyecciones políticas en las primeras décadas el siglo XX

En la nueva edición de 1902 de **El Ideal de Humanidad**, Masaryk vuelve sobre sus tesis acerca del marxismo. Pero cuando es considerado dentro de la arquitectura de esta obra, se comprende mejor el lugar que Masaryk asigna al socialismo, y en cierta medida al marxismo mismo, como momento en el proceso de formación del humanismo contemporáneo que nuestro autor postula como solución tanto a la “cuestión social” cuanto a la “cuestión nacional”: sí, como sostiene Masaryk, la idea de humanidad se manifiesta entonces bajo “el aspecto de la idea de *nacionalidad*” (p. 7), la nación es una forma de la humanidad, forma primera que a su vez debe articularse, con el concierto de las naciones de todo el mundo, en una organización mundial de las naciones. Así como en el nacionalismo humanista de Masaryk, las naciones no eran una abstracción que podría volverse contra los individuos que la componían, en la moderna organización de las naciones debía garantizarse que todas y cada una de ellas fueran reconocidas para contribuir “en igual medida a la *humanidad*” (p. 8).

En el capítulo llamado “El socialismo”, Masaryk comienza por reconocerlo como “uno de los numerosos movimientos humanitarios” (p. 11), heredero de las ideas de la Revolución Francesa. Pero mientras el socialismo de mediados del siglo XIX había tenido un “carácter esencialmente moral y religioso”, en las últimas décadas se había desarrollado otro con un carácter, ante todo, “económico y político”: “El *marxismo* o *socialdemocracia* es por excelencia la forma que ha tomado este socialismo en todos los países civilizados y desarrollados desde el punto de vista económico (p. 12).

Masaryk insiste en el influjo del humanismo de Feuerbach en la formación de Marx y Engels. Pero estos autores encuentran la Humanidad divinizada de Feuerbach objetivada y al mismo tiempo negada en el moderno proletariado. Su fundamento materialista —que Masaryk cita de **La Sagrada Familia**— los lleva a negar cualquier espesor al individuo, su conciencia y su acción en función de la acción colectiva, así como a cuestionar por ideológica cualquier moral que exceda el universo de cada clase social. Las contradicciones que el marxismo clásico no alcanzó a resolver entre individuo y sociedad, determinación económica y acción consciente guiada por un ideal, proletariado y humanidad, nación y humanidad, tienden a ser resueltas en un tercer momento:

Llegamos ahora a la última fase del movimiento marxista. Los marxistas reflexivos renuncian al materialismo económico lle-

vado a sus consecuencias extremas, y adoptan la doctrina marxista en la medida razonable en que puede ser aceptada por hombres juiciosos. Esto es lo que se denomina “crisis del marxismo”, la cual consiste en que se reconoce tanta realidad a la “ideología” (principalmente a la ideología ética), a la moral y a las aspiraciones morales, como a las aspiraciones de orden económico y que considera que estas últimas no son, al fin de cuentas, más que aspiraciones morales. De este modo ha vuelto el marxismo a su antiguo programa humanitario (p. 21).

La “crisis del marxismo” no es, pues, para Masaryk, el fin y la disolución del sistema marxista, sino un momento ulterior del desarrollo del marxismo, un marxismo que logra superar los límites de su materialismo filosófico y que vuelve a nutrirse de sus fuentes humanistas feuerbachianas, vivificadas por las críticas de Bernstein y otros socialistas contemporáneos. Ya no se trata, pues, de postular la vigencia de un socialismo sin marxismo, sino de un marxismo renovado. El propio Masaryk pareciera hacer un esfuerzo por correrse del lugar que le asigna Labriola y explicita su posicionamiento:

Jamás he ocultado que soy enemigo resuelto de todas las especies de materialismo. Pero sería injusto si no reconociese no sólo la razón de ser del materialismo —lo que es falso no tiene razón de ser—, sino el hecho de que el exclusivismo materialista ha sido como si dijéramos lo que nos ha rescatado del exclusivismo de las tendencias y doctrinas no materialistas, particularmente las de la Iglesia. Reconozco que el marxismo también ejerce una influencia bienhechora al obligar tanto a las clases obreras como a todo el mundo a preocuparse, además de por los problemas económicos, por la filosofía y la religión. Reconozco que él nos ha acostumbrado a considerar los problemas y las ideas morales mucho mejor que esa manera ordinaria de moralizar que tanto nos gusta (pp. 21-22).

En los últimos años de su vida, Masaryk recordaba en sus coloquios con Emil Ludwig sus años juveniles y sus primeros vínculos con el movimiento socialista: “Ya como estudiante secundario he visitado clubs obreros y asistido a conferencias organizadas por los mismos; generalmente se trataba de conferencias pronunciadas por sacerdotes socialcristianos. De ahí llegué como estudiante ya a conocimiento de Marx y me ha costado menudo trabajo comprender el primer tomo de su obra fundamental. Después he seguido todo el movimiento socialista, rechazando desde un principio al materialismo. Mas he escrito bastante al respecto”.⁴⁶ El movimiento dual de Masaryk se reitera treinta años después: acerca-

⁴⁶ Emil Ludwig, *op. cit.*, pp. 181-82.



miento al socialismo, lectura temprana de Marx, rechazo del materialismo. Pero a mediados de la década de 1930, cuando tienen lugar los coloquios, los comunistas hostigaban duramente al gobierno de Masaryk, y es probable que el énfasis crítico al materialismo se haya acentuado. En otro tramo, discurrendo críticamente sobre la negación del individuo y la exaltación del Estado en el fascismo, recuerda en estos términos aquel libro de 1899:

En Mussolini se encuentra, a pesar o quizás justamente a causa de su adversidad, mucho marxismo; por ejemplo: la masa convertida en Estado —la idea de dictadura—, la idea del proceso histórico. No he de destacar que yo he rechazado a Marx mucho antes del fascismo y que he observado sus crisis; he llamado la atención sobre la relación entre el marxismo y el positivismo y rechacé también a este último; puedo mencionar también que he juzgado muy críticamente al liberalismo... (*Ibid.*, p. 173).

Con todo, las críticas dirigidas a la URSS de Stalin eran modestas si se las compara con el énfasis puesto en señalar la amenaza que para la joven República Checoslovaca representaban el nazismo y el fascismo. El equilibrio no es fácil para Masaryk en 1935. Por entonces, piloteaba la última democracia que sobrevivía en Europa central y oriental. Murió en septiembre de 1937, exactamente un año antes del Pacto de Múnich, por el cual Inglaterra y Francia entregaron a Checoslovaquia a manos de la Alemania de Hitler. El rol de los ejércitos soviéticos liberando del yugo nazi a los checos y aquella desilusión respecto de las potencias de Occidente explican en buena medida el triunfo del Partido Comunista en las elecciones de 1946. La nueva República Popular renegó de la tradición de Masaryk, pero acaso no sea aventurado conjeturar que en el “socialismo con rostro humano” de la “primavera” de 1968 postulado por Alexander Dubček latía algo de aquella reprimida tradición humanista.

* * *

A continuación, ofrecemos a nuestros lectores dos textos de Masaryk. El primero es una versión castellana del artículo “La crise scientifique et philosophique du marxisme contemporain”, traducido de la *Revue Internationale de Sociologie* de 1898.⁴⁷ El segundo corresponde a las conclusiones de su libro de 1899, **Die philosophischen und sociologischen Grundlagen des Marxismus**, donde Masaryk recoge y responde las primeras críticas recibidas a aquel artículo. Estas conclusiones fueron traducidas de la versión alemana. Ambos textos se publican en castellano por primera vez.⁴⁸

Conforme los criterios de citación de la época, Masaryk no siempre transcribe en forma completa las citas bibliográficas. A menudo indica apenas el título de una revista y el año, omitiendo el nombre del autor, el título del texto, el editor, la ciudad de edición, etc. En ciertas ocasiones, quizás porque considera que los textos referidos son de edición reciente y bien conocidos por el lector, omite incluso la referencia bibliográfica completa. En algunos casos estos descuidos se deben a la versión francesa del primer ensayo. Hasta donde nos fue posible, completamos o repusimos dichas citas, siempre a pie de página y entre corchetes, para distinguir las notas del autor de las del editor. Donde lo creímos útil, apelamos a las notas de Chubilleau, el editor francés, así como a las de Kohák, el traductor al inglés desde la versión checa. Como es de rigor en nuestra revista, también indicamos entre corchetes la versión castellana más asequible o más confiable de la bibliografía citada.

⁴⁷ Si bien el texto fue muy citado, nunca se lo reeditó ni se lo tradujo al castellano hasta hoy. En el año 2008 fue incluido en la página —lamentablemente hoy inactiva— www.philosophie-chauvigny.org. El editor de dicha página, Emmanuel Chubilleau, advertía en una nota de los problemas de esta versión francesa: “La traducción parece muy ‘libre y sin rigor’, e incluso sin esmero. El texto aquí reproducido se pretende tan fiel como sea posible a aquel impreso. Por su misma factura, la *Revue Internationale de Sociologie* no parece de la misma calidad que sus colegas contemporáneas (*Année sociologique*, *Revue philosophique*, etc.): no hubo probablemente relectura de la copia antes de la impresión: caracteres al revés, duplicados, y numerosas erratas esmaltan el volumen” (febrero del 2008).

⁴⁸ Existen versiones en inglés de estos textos debidos a un historiador de las ideas checo emigrado a los Estados Unidos, Erazim Kohák. El ensayo de 1898 fue prologado y editado por Kohák en: “T. G. Masaryk’s Revision of Marxism”, *The Journal of the History of Ideas*, vol. XXV, n° 4, Pennsylvania, octubre-diciembre 1964, pp. 519-542. La obra de 1898 fue editada como: **Masaryk on Marx: an abridged edition of T. G. Masaryk. The social question: philosophical and sociological foundations of Marxism**, Bucknell University Press, 1972. Edición, introducción y traducción al inglés de Erazim Kohák.